

HUNTER

HUNTER

MIRIAM ELIRES

Durii

A mi madre, mi hermana y mi abuela:
por dejarme crecer con esta imaginación sin
juzgarme y por creer en mí a toda costa.
Este libro también es vuestro.

Prólogo

—Venga Harry, compremos el alcohol y vayámonos.

—No seas miedica. He quedado con otro amigo que nos dará justo lo que necesitamos para esta noche.

—¿De qué estás hablando?

En ese instante un chico con muy mala pinta apareció de la nada, sonriendo como si fuera el mismísimo diablo.

—Menudos dos pipiolos que tengo aquí. ¿Para qué queréis la droga?

Comenzó a sacar cosas de sus bolsillos y le tendió algo a Harry.

—Tenemos una fiesta esta noche y queremos pasárnoslo bien.

El camello soltó una carcajada y le dio unas palmaditas a Harry en el hombro.

—Cómo echo de menos el instituto. —Yo miraba la escena como si realmente no estuviera allí, lo único que yo quería era irme a casa, si mis padres se enteraban de todo esto, me castigaría para el resto de mi vida—. Bien, son trescientas libras.

Ambos nos quedamos sin habla.

—Yo no tengo tanto dinero, me dijiste que serían veinte libras.

—A ver, niño de mierda, no me hagas perder el tiempo. Son trescientas libras. ¿Las tienes o no? —Harry me miró y yo negué con la cabeza—. Estos críos siempre dando problemas.

—Eh, tío, puedo conseguirlas, solo dame un poco de…

No le dio tiempo a terminar ni a mí a reaccionar. El camello había sacado una pistola matando a Harry en el acto. Mi corazón bombeó a toda velocidad. Mierda, mierda y más mierda. Iba a ser el siguiente, estaba girándose hacía mí con la pistola apuntándome, mi cuerpo no me respondía, quería huir, pero estaba inmóvil. No quería morir. Me encontré cara a cara con el arma y cerré los ojos antes de que fuera disparada.

Capítulo 1

FAITH

Me tapé la boca para ahogar un sollozo sintiendo cómo las lágrimas caían por mis mejillas.

—Faith, no pasa nada. —Mi madre se acercó, pero me alejé de ella dando un paso hacia atrás.

—¡¿Qué no pasa nada?! Claro que pasa, mamá —grité.

Me costaba respirar, mi madre intentaba acercarse, pero di varios pasos hacia atrás en dirección a la puerta de entrada. Tenía que salir de aquí, me estaba ahogando cada vez más.

Comencé a correr por la calle mientras esquivaba a todas las personas que paseaban y me miraban asustados, pero en ese momento me daban igual, seguí hasta el final de la ciudad mientras intentaba acallar mis sollozos. Sin darme cuenta, o tal vez queriendo, aparecí en uno de los peores lugares en los que la gente podía perderse: el bosque Westfield. Un lugar donde todos temían acerarse, ya que era territorio de las bandas que regían la ciudad y nadie quería verse implicado en ellas. Desde pequeños ya te cuentan historias de los monstruos que habitan en el bosque.

Aunque a mí esas fábulas siempre me han dado igual, cuando necesitaba desaparecer era allí a donde acudía, ninguna advertencia me parecía suficiente.

Llorando entré por un lado del bosque y caminé hasta encontrar un pequeño escondite entre varios árboles, sabía que allí

no me iba a molestar nadie, la flora de esa parte tan profunda del bosque hacía casi imposible su acceso. Era bastante espeluznante.

Me acerqué a una roca cercana dejándome caer bruscamente en ella y llevándome las rodillas al pecho las abracé escondiendo la cara entre ellas mientras rompía a llorar sin poder evitarlo.

Era la cuarta negativa que me daban en menos de un año, no sabía qué más hacer para que me aceptasen en el programa, era tan frustrante necesitar algo y que no me concedieran una plaza, que me daban ganas de rendirme.

Mi madre intentaba animarme cada vez que una carta con un rechazo llegaba a casa. Siempre decía «la próxima vez será diferente», «la próxima vez te aceptarán».

Qué iluso por su parte pensar que yo podría conseguir esa plaza. Debía aceptar que mi vida no iba a cambiar y que tendría que aprender a vivir con ello.

***

No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando volví a abrir los ojos al escuchar varios ruidos a no muchos metros de donde estaba, intenté no hacerles caso, supuse que serían algunos niños buscando adrenalina. Sofoqué un sollozo.

—No, por favor —escuché la voz de un hombre. Sonaba aterrorizado—. No pude lograrlo. Por favor, no…

Me puse nerviosa y con cuidado me levanté para intentar salir de allí sin querer hacer ruido, comencé a caminar encogiéndome en mi sitio cuando se escucharon más voces. Y entonces lo sentí. Sentí cómo el ambiente había cambiado, se había vuelto

más denso, más palpable, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Bajé la pequeña colina del bosque varios metros, no me había dado cuenta de lo adentro que había llegado hasta que me fijé en que la luz del sol apenas se veía.

Frené de golpe dando un pequeño grito ahogado cuando vi mejor la escena que estaba llevándose a cabo justo delante de mí. Un grupo de hombres rodeaba a otro que estaba arrodillado en el suelo, tenía una pistola apuntándole en la cabeza y el pobre pedía clemencia. Uno de los atacantes, un hombre alto de tez morena, le gritaba no sé qué cosas mientras él se encogía todavía más en su sitio. Sin poder evitarlo miré a los otros llevando mi atención a uno que estaba apoyado en un árbol a varios pasos del resto. Se estaba mirando las uñas con desdén. Llevaba unas gafas de sol puestas, pero apenas había luz.

No escuché la conversación, pero lo que sí escuché fue esa pistola siendo disparada y mi corazón bombeando a la misma velocidad. Vi cómo ese hombre caía al suelo mientras su cabeza retumbaba por el impacto.

Abrí los ojos aterrorizada. ¡Grité! Y supe que lo hice porque justo un segundo después seis hombres se giraron en mi dirección. «¡Mierda!».

Me tapé la boca levantándome como pude para salir huyendo, no me había fijado en quiénes eran hasta que vi el tatuaje de uno de ellos en el cuello. Eran Los Pantera. Los peores criminales que esta ciudad haya podido tener.

—¡Cogedla! —siseó uno de ellos, y el resto obedeció ciegamente.

Corrieron hacia mí más deprisa de lo que mis piernas me permitieron huir, sin darme cuenta sentí cómo los brazos de dos

de ellos me cogían y me arrastraban hasta el mismo claro donde descansaba el cuerpo de aquel hombre.

Con horror miré la escena que tenía al lado, un pobre cadáver yacía a mi lado con los ojos abiertos.

Lloré silenciosamente.

—¡¿Quién eres?! —gritó uno de ellos.

Uno de ellos se acercó a mí dándome una fuerte patada en la espalda con la que me hizo dar varias vueltas por el suelo.

—¡Responde! —otra voz gritó, pero no supe averiguar de cuál de todos provenía. Sentía todo mi cuerpo arder de rabia y de dolor.

—Yo… me… me llamo Faith Marchal.

Respondí como pude encogiéndome mientras intentaba coger aire. El chico que había dado la orden de cogerme se acercó a paso lento, no lo miré a la cara, me daba demasiado miedo.

—Bien, Faith Marchal, has presenciado un momento que no deberías haber visto.

—No diré nada —susurré con un nudo en la garganta.

—Primero, no me interrumpas; y segundo, ahora dices eso porque estás aterrorizada, pero hablarás. Todos lo hacen.

Me enfoqué en sus botas negras paradas a escasos metros de mi posición.

—No… yo no. —Elevé levemente la cabeza y a mi ángulo visual llegó su cuello lleno de tatuajes y del cual colgaba un collar con una llave.

—Si lo ves de otra manera, te hago un favor. Matarte ahora resultará más fácil.

Chasqueó la lengua y ese sonido se convirtió en el ruido más asqueroso que había escuchado nunca.

—¿Qué? —Busqué sus ojos titubeando de terror y un golpe de realidad me azotó—. Hunter —susurré en un hilo de voz.

—Veo que conoces mi nombre.

Sonrió maliciosamente, llevaba puestas unas gafas de sol. Él era el que estaba apoyado en el árbol, iba vestido con unos vaqueros negros y una chaqueta de cuero. Vi cómo apretaba los puños y me encogí en mi sitio.

—Todos lo conocen —dije más para mí misma que para él.

—Entonces sabrás que no voy a soltarte, no así como así.

Se arrodilló a mi altura cogiéndome de la barbilla obligándome a mirarlo.

—Si vas a matarme, hazlo ya —le espeté zafándome de su agarre. No sabía de dónde había salido mi arrebato, pero el miedo me invadió de nuevo al ver su mirada de odio.

—¡Vaya! Pero si la niña tiene carácter. —El pelirrojo de enfrente se rio.

—Se ve que tiene ganas de morir. —El otro rubio platino que se encontraba a mi izquierda soltó una carcajada.

—Pues es lo que tendrá.

Miré a Hunter.

—Eres despreciable —siseé con amargura.

Alzó una ceja y me miró fijamente. Tras varios segundos sin dejar de mirarme, habló, y lo que dijo me aterrorizó más que el hecho de que me fuese a matar:

—Bien, Faith Marchal, hoy es tu día de suerte. No vas a morir. No al menos de momento.

Lo seguí con la mirada mientras se levantaba.

—¿Qué? —Uno de los que se había reído de mí, preguntó preocupado.

—Lo que habéis oído. Se viene con nosotros. —Llamó a los otros integrantes y estos se acercaron—. ¡Metedla en el coche!

Me levanté todo lo rápido que pude intentando huir, pero no llegué muy lejos cuando sus brazos me rodearon de la cintura alzándome del suelo.

—¡¿Qué haces?! —grité temiéndome lo peor.

—Como tienes tantas ganas de morir y yo quiero divertirme, pues has sido la elegida para hacerlo.

Abrí los ojos entendiendo a qué se refería con eso: me iba a llevar con él.

—No puedes hacerlo. ¡No puedes! —grité pataleando mientras me arrastraban fuera del bosque—. ¡Soltadme!

Sin ningún tipo de cuidado, los estúpidos siervos del imbécil de Hunter me sacaron por una de las salidas del bosque llevándome a rastras hasta una zona abandonada.

Distinguí tres coches negros y grité todavía más fuerte si cabe intentando deshacerme de su agarre, pero por mucho que lo intentaba era imposible, eran demasiado fuertes.

—¡Esperad! —Se acercó el chico de tez oscura. Lo miré esperanzada, pero lejos de eso, pasó de largo hasta el maletero del coche—. No puede saber a dónde vamos. Será mejor que la durmamos.

Abrí los ojos de par en par aterrorizada. «¡No, no, no!». Vi cómo sacaba algo del maletero y se acercó a con una jeringuilla en la mano. «¡Joder!».

Luché sin parar para intentar escapar. Hice fuerza, grité, mordí, pataleé, pero nada pareció suficiente, acercó la jeringuilla al cuello y la clavó. Se alejó y pude sentir cómo, poco a poco, mi vista se iba emborronando, pestañeé varias veces, pero cada vez se me hacía más complicado. Traté de gritar, pero no sé si algún ruido salió de mi garganta. Mi cuerpo se debilitó y lo último que sentí fue que me caí al suelo.

Capítulo 2

FAITH

—-¡Pero no la puedes dejar aquí! —Se escucharon voces lejanas—. Hunter, piensa, ¡joder! —Alguien dio un portazo.

Me removí quejándome de dolor y poco a poco fui abriendo los ojos, vi un techo blanco y algo borroso. Pestañeé varias veces intentando mejorar la visibilidad.

—Tiene razón, es muy peligroso que una maldita perra esté rondando por aquí.

Recordé dónde estaba: me habían secuestrado. Los Pantera me habían cogido. El pánico me terminó de despertar. Giré despacio la cabeza hacia la izquierda y lo vi a él con el resto de sus hombres. ¿Dónde estaba? Aproveché que no estaban pendientes de mí, para mirar a alrededor, estaba en un salón tumbada en el sofá y ellos estaban cerca del pasillo que daba al interior de la casa. Divisé la puerta de entrada y se me aceleró el pulso. Tomé aire y con todo el valor que no tenía me lancé hacia ella.

Estaba a punto de rozar el pomo cuando alguien me cogió de la cintura, alejándome bruscamente de la puerta.

—¿Te ibas sin despedirte?

Sentí su pecho vibrar contra mi espalda y me estremecí, otra vez él.

—¡Suéltame! —Forcejeé asustada.

—Cuidado que la cara de ángel tiene garras —el rubio platino que me agarró en el bosque soltó cuando vio que le clavaba las uñas a Hunter en el brazo.

—¡Ya lo veo! Creo que me voy a divertir mucho con ella.

Todos rieron y la bilis me subió rápido por la garganta y un leve mareo inundó mis sentidos. Respiraba a cien por hora.

—¡Soltadme! Esto es secuestro, no podéis… —exclamé removiéndome, pero solo logré que se volvieran a reír.

—¡Oh, angelito! Secuestro es el menor de los delitos que he cometido —susurró en mí oído, y toda mi piel se erizó de terror—. ¡Llevadla a mi habitación! Luego subiré a divertirme con ella —ordenó.

«No, por favor». Los dos mismos chicos me cogieron y me subieron por las escaleras.

—¡Soltadme!

Grité y peleé, pero nada pareció ser suficiente. Al contrario, notaba cómo mi cuerpo se iba a apagando cada vez más, necesitaba llegar a casa cuanto antes. Tropecé varias veces y tuvieron que cogerme con más fuerza.

Llegamos al pasillo principal y conté las habitaciones hasta llegar a la que supuse era de Hunter, era la última. La abrieron y me lanzaron sin ningún tipo de cuidado, me giré para intentar escaparme, pero fue en vano. Me habían encerrado con llave.

—¡Socorro!

Grité tan fuerte como pude pegándole golpes a la puerta. Las lágrimas volvieron a salir y caí al suelo agotada, no sabía cuánto tiempo había pasado desde que me trajeron del bosque, pudieron haber pasado horas o días. Pensé en mis padres y en cómo lo debían de estar pasando. Mi padre llegaba de trabajar por la noche y mi madre debía de estar en casa esperando a que

regresara. Qué decepción se iban a llevar cuando no me vieran llegar. ¡Me daban lástima! Lástima porque creerían que volvería, que solo había sido una rabieta, pero la realidad era que no lo iba a hacer. Ni siquiera sabía cuánto tiempo iba a seguir con vida.

Hunter no iba a dejarme machar tan fácilmente, no teniendo en cuenta todo lo que sabía. Sinceramente, hubiera preferido que me matara en el bosque a que me tuviese allí retenida muerta de miedo sin saber qué iba a pasar.

Respiré profundamente intentando recuperar el aliento e hice una inspección completa de la habitación de Hunter. Las paredes parecían estar pintadas de un tono grisáceo claro, había una cama doble, dos mesitas, un armario y una pequeña cómoda, y todos los muebles eran de color negro. En mi ruta por la habitación vi una ventana y corrí hacia ella, intenté abrirla de todas las maneras, pero, como si supiesen que iba a intentar escapar por allí, estaba cerrada.

Miré a la calle y vi que ya había oscurecido, no sabía qué hora era, pero por el cielo deduje que debía ser pasada la medianoche. Derrotada y sin saber qué más podía hacer, me acerqué a la cama y me dejé caer en ella.

¿Quién me mandaba salir a toda prisa de mi casa, huyendo de otro fracaso a un lugar tenebroso donde gente como la banda de Hunter rondaba diariamente?

Todavía tenía presente la imagen de ese hombre cayendo desplomado al suelo, sin vida, recordaba su mirada vacía hacia el horizonte. Me retorcí al pensar en cómo nos quedamos las personas una vez el alma abandona nuestro cuerpo, sin nada, convertidas en un recipiente que una vez fueron vida.

Suspiré tumbándome hacia atrás, estaba tan cansada que no sabía cuánto tiempo iba a poder seguir despierta. Había sido

un día tan lleno de emociones que mi cerebro no podía soportar nada más. No había comido desde esa mañana y dudaba mucho que esos delincuentes se acordasen de cubrir mis necesidades. Estarían tan felices siguiendo con su vida, riéndose y aplaudiendo por el premio que habían conseguido… Es decir, yo.

Me removí en la cama varias veces intentando no dormirme, pero cada vez notaba los parpados más pesados, no conseguía mantener ni dos segundos los ojos abiertos, luché por un buen rato, pero cada vez que se cerraban, una paz se cernía sobre mí queriendo llevarme con ella. Volví abrirlos un par de veces más hasta que se me hizo totalmente imposible y cedí ante mi cuerpo, quedándome totalmente dormida.

***

—Señorita Marchal, Faith.

Poco a poco fui abriendo los ojos mientras se acostumbraban a la luz y pude distinguir una habitación de hospital. Me tensé inmediatamente.

—¿Qué? ¿Dónde estoy? —pregunté asustada.

Mi voz sonaba ronca. Intenté levantarme, pero dos de los enfermeros me sujetaron.

—Tranquila, señorita. —La doctora se puso a mi lado—. Faith, ¿recuerdas algo de lo ocurrido anoche?

Los recuerdos iban llegando a mi mente. El bosque, el cadáver, Hunter… Abrí los ojos y miré a todas partes.

—¿Q-Qué hago aquí? —La miré asustada.

—La han traído esta madrugada a la puerta del hospital en muy mal estado.

Fruncí el ceño sin comprender.

—¿Quién me ha traído?

No podía hablar más de la cuenta, no quería que nadie se enterase de lo que había pasado la noche anterior.

—No lo sabemos. No se ve en las cámaras.

Asentí sintiendo un alivio extraño en el cuerpo.

—¿Y mis padres?

—Están fuera. ¿Quiere que los haga pasar?

Asentí hacia ella.

«¿De verdad me habían traído a un hospital?».

—¡Oh por dios, Faith! —Mi madre se vino abajo nada más verme. La dejé abrazarme mientras lloraba sobre mí—. ¿Dónde estabas? Han pasado dos días.

Abrí la boca sorprendida. ¿Dos días?

—Yo em… —Pensé algo rápido. Tenía mucho miedo de que si decía algo que no debía, Hunter volviese y no solo me hiciera daño a mí, sino también a mis padres—. Fui al bosque Westfield, me perdí y estuve horas y horas dando vueltas. Me cansé y me quedé dormida. La verdad es que no sé cómo he llegado hasta aquí.

Oculté la verdad.

—¿Al bosque Westfield? —Mi padre me acusó rudamente.

Me encogí en mi sitio y asentí hacia él.

—Sí, papá. Lo siento, no debí hacerlo. —Cerré los ojos sin poder más—. ¿Se sabe quién me ha traído?

Lo volví a intentar con mis padres para cerciorarme de que no sabían nada.

—No. La policía cree que fue un mendigo quien te encontró. Estabas muy enferma, te olvidaste tu medicación.

—Lo siento mucho, mamá, os habré dado un susto de muerte. No lo volveré hacer —les juré. Y realmente iba a cumplir esa promesa.

—Está bien, tranquila —susurró en mi pelo.

Seguía sin comprender quién me había traído ni por qué me habían dejado libre. Habían pasado dos días, «dos días de los que apenas recordaba nada». No quería ponerme a pensar lo que habría pasado en todo ese tiempo. No quería imaginarme lo que podrían haberme hecho.

Solo quería llegar a mi casa y no salir de allí nunca más.